

EL ELEGIDO



SECRETARÍA DE LA NO-VIOLENCIA

Luis Eduardo Giraldo Lopera - Secretario de la No-Violencia

Iván Palomino Castro - Subsecretario de Justicia Restaurativa

UMAIN

Director del proyecto: *Juan Carlos Villamizar A.*

Equipo de investigación y redacción:

Daniela Correa, Pablo Espinosa,

Fabio Andrés Alarcón, Juan Carlos Villamizar A.

Trabajo creativo y cuidado de textos: *María del Mar Escobedo*

ILUSTRACIÓN, DISEÑO, ARMADO Y COMPOSICIÓN EDITORIAL:

N. Giovanny Rogríguez U. (@untypodesign501)

Carlos Fabián Camargo G. (@andinistas)

ASESORÍA PEDAGÓGICA

Alexandra Villamizar A.

PRIMERA EDICIÓN © 2022 Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución,

comunicación pública o transformación de esta obra

sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares.



Agradecimientos

A las víctimas que participaron con mucha generosidad y aportaron su testimonio a esta conversación, expresaron sus dolores y compartieron sus expectativas de reparación y justicia. También a los jóvenes que participaron de la experiencia de construir este texto, quienes con su escucha atenta y sus reflexiones nutrieron su enfoque. A los ex integrantes del Ejército responsables de los delitos motivo de este escrito y que hoy comparecen ante la Jurisdicción Especial para la Paz. A todos ellos, la máxima gratitud por su participación voluntaria, en perspectiva de convertir todos estos horrores en un aprendizaje para la no repetición, en un diálogo intergeneracional, en una forma de impedir que el olvido nos condene a la repetición de nuestra historia.

Agradecemos el trabajo de articulación con el Área Metropolitana del Valle de Aburrá, en especial al Director Juan David Palacio y la Subdirectora de Seguridad, Convivencia y Paz, Laura Alcaraz y su equipo por el compromiso con la financiación de esta iniciativa que permitió la publicación del material que esperamos se difunda en la ciudad y la comunidad en general como aporte a la garantía de no repetición de estos hechos.

Un reconocimiento especial al Despacho de la Gestora Social de la Alcaldía de Medellín Diana Osorio, por su visión estratégica para poner en marcha la construcción de este material pedagógico. Un texto dirigido a la comprensión profunda de las causas y efectos de las ejecuciones extrajudiciales ocurridas en el conflicto armado colombiano, dirigido fundamentalmente a impactar los niños, niñas y jóvenes de todo el sistema educativo del Distrito de Medellín y el Área Metropolitana del Valle de Aburrá.

También agradecimientos a los funcionarios de la Secretaría de la No-Violencia y al equipo de Umain por el trabajo de preparación y acompañamiento a los jóvenes, víctimas y responsables, garantizando que todo el ejercicio fuese en el marco del principio de acción sin daño.

Finalmente, agradecemos a las instituciones educativas Mariscal Robledo, Colegio Fontán y Colegio San José de las Vegas por el apoyo en la selección de los jóvenes que participaron en el proceso. Así como al Fondo de Defensa Técnica y Especializada de los Miembros de la Fuerza Pública por su disposición para ayudar en este esfuerzo y facilitar el proceso de preparación de los ex integrantes del Ejército comparecientes.

Introducción

Todos los relatos narrados en este texto, cada situación, cada dilema, cada angustia, corresponden a vivencias de personas de carne y hueso que un día terminaron siendo víctimas o victimarios en este conflicto armado colombiano. Estos testimonios que presentamos a modo de historias de vida narran un aspecto, el factor humano que subyace a estas tragedias y que los documentos judiciales no alcanzan a registrar. Sin embargo, son relatos fieles a las conductas y patrones criminales descritos a profundidad y denominados por la Jurisdicción Especial (JEP) para la Paz *Asesinatos y desapariciones forzadas presentados como bajas en combate por agentes del Estado*, o lo que habitualmente se ha conocido en los medios de comunicación como “falsos positivos”.

Este texto es producto de un proceso previo en el cual participaron algunas víctimas, algunos ex integrantes de la fuerza pública y un grupo de jóvenes de colegios de Medellín, quienes aceptaron vincularse a un diálogo sobre las distintas dimensiones del daño, los efectos en sus vidas, las diversas formas del dolor y del arrepentimiento o del castigo. Pero también, es un diálogo sobre la redención y la necesidad de una verdad genuina y completa, así como sobre la posibilidad de las segundas oportunidades y el perdón. Por tanto, su elaboración constituye un proceso restaurativo en sí mismo, en la medida en que se produce a partir de la interacción entre víctimas, responsables y un sector de la comunidad con una visión prospectiva hacia la no repetición.

Inició con el objetivo principal de servir de insumo para elaborar un material pedagógico dirigido a colegios públicos del Distrito Especial de Medellín y el área metropolitana del Valle de Aburrá, pero el ejercicio previo se convirtió en una ruta factible para la preparación de las partes

para su participación en los encuentros de reconocimiento de responsabilidad que tendrán lugar en el marco del proceso judicial que cursa en la JEP. Comprobamos, a partir de las metodologías y los momentos de la preparación, que es posible –y necesario– que cada cual se ponga en los zapatos del otro, especialmente, la sociedad que observa impávida desde la tribuna. En este ejercicio se exploró intencionalmente, el criterio de corresponsabilidad de la sociedad en los hechos que tuvieron lugar en el marco del conflicto armado colombiano.

Como los textos responden a situaciones reales ocurridas a diferentes personas, cabe anotar que por la misma razón estas historias no tienen un cierre, no hay un desenlace, ni siquiera como nos gustaría que fuera, sencillamente, porque solo se relata lo que ya ha ocurrido. Los participantes aún esperan por la verdad, por una sanción, por un encuentro frente a frente, por develar lo que realmente llevó a hechos tan aberrantes como los que el país ha conocido gracias a la JEP. Por todo ello, lo que van a leer es, sin duda, una historia inconclusa.

Nuestro ánimo es que este libro facilite un acercamiento íntimo a los daños, las huellas y los desafíos que deja un conflicto armado y las alternativas para cerrarlo; que nos permita como sociedad una reflexión profunda e intergeneracional sobre la necesidad de que lo relatado aquí nunca más se repita.



EL ELEGIDO | 11

LA MALDAD VA POR DEBAJO | 17

UN HUECO LLENO DE RABIA Y MIEDO | 25

TODAS LAS VECES QUE MUERO | 35

LA GRIETA | 41

LA VENGANZA DEL AMOR | 49

INFOGRAFÍA | 54





El Elegido

—Mi teniente, tenemos listo al pelado. Solo es que dé la orden.

—Pues, ¡adelante! ¿Qué más esperan? Cada uno sabe qué hacer. Sin maricadas. Lo que deben tener en mente es que, después de esto, se ganan un fin de semana de permiso. Allá ustedes qué hacen, ver a su mujer o a su madre, pero si se equivocan les juro que los dejo en el monte dos meses enteros.

—¡Afirmativo, mi teniente!—y el soldado Ballesteros, dejó el puesto de control con miedo, deseando que el teniente lo llamara para revocar la orden, pero eso no pasó. Sus botas siguieron recorriendo el camino que conocían de memoria, pero su mente se había quedado en blanco. Unas horas después, el soldado desearía que su mente siguiera en blanco, para no recordar.

La noche estaba llena de ruidos de animales, de plantas y de vientos remotos. Hacía calor, pero la brisa aliviaba las pieles sudorosas. La tropa dormía tranquila, salvo por el soldado Ballesteros. Trataba inútilmente de conciliar el sueño, pero su cuerpo se movía inquieto, como si estuviera lleno de hormigas en la sangre, y el ruido que hacía su litera por culpa de los espasmos se mezclaba con los recuerdos que aparecían para no dejarlo dormir. Le habían enseñado a sentirse como un héroe por cumplir siempre con la misión, pero esta vez el disparo no dejaba de resonar en su cabeza. Era como cuando veía en televisión la repetición de un gol, pero en vez del balón dentro del arco y la celebración del jugador, lo que veía una y otra vez era un hombre, un muchacho, cayendo a sus pies, después de volarle la cabeza de un balazo. A veces, entre la calma de la noche y el ruido de los grillos, escuchaba los ronquidos de sus compañeros y eso lo desconcertaba todavía más. ¿Cómo podían dormir así, sabiendo lo que sabían? ¿Cómo había podido dormir él la noche anterior, y todas las otras noches, sabiendo que, a su lado, algún compañero se desvelaba? Ballesteros estaba tan inquieto que terminó por despertar al Cabo Segundo Díaz, que dormía a su lado. Eran amigos, o al menos, eso creía Ballesteros.

—¿Qué pasa? —y el Cabo, víctima de la costumbre de la guerra, buscó automáticamente el fusil que dejaba junto a su litera.

—No puedo dejar de pensar en lo de hoy.

—Mi hermano, el que piensa, pierde —y el Cabo volvió a dejar su fusil acostado en el piso, justo a su lado, como si fuera su novia, o un niño pequeño que necesita ser cuidado mientras duerme.

—Es que lo sigo viendo. Lo sigo escuchando.

—Soldado, le ordeno que se duerma.

—Es que le juro que no puedo. Yo cierro los ojos y es como si lo invocara. Lo veo aquí, en frente. Y lo escucho cerquita. No gritó. Yo me imaginé que iba a gritar, pero no gritó. Me lo pidió pasito, como si fuera un secreto.

—Si a ese pelado lo escogieron fue por algo. No se mate pensando maricadas. La gente de rodillas dice cualquier cosa. Más bien piense que el próximo fin de semana puede viajar a ver a su hermano y a su mamá, o a quien le dé la hijupuerta gana.

—Pero me dijo su nombre. Alcanzó a decirme su nombre...

Rodrigo Zúñiga.

—Soldado, le advierto.

—Me dijo que tenía una hermana menor y una madre que lo esperaban en casa. Igual que yo.

Rodrigo Zúñiga había llegado pocos meses atrás al barrio.

La casa a la que llegó a vivir junto a su madre estaba ubicada en la parte más alta de la ladera, lejos de la tienda y la parada de bus. A él le gustaba porque le recordaba la tierra de donde venía: el sol golpeando de frente desde temprano, el rocío resbalando por las ventanas, el frío y la neblina que aparecían para cubrir la montaña, era un paisaje que le recordaba la finca y la tierra que su padre labraba y regaba todos los días. El barrio era pobre y peligroso, pero eso poco le importó a él cuando vio por primera vez el amanecer desde la puerta. Sentía que ese paisaje, que podía disfrutar a pesar de todo, era una señal de Dios que le avisaba de un futuro luminoso y bello. Su padre le enseñó, cuando era tan solo un niño, que con esfuerzo y trabajo honesto se podía cumplir la promesa de una vida mejor.

Ya no era un niño y su padre no estaba con ellos, pero recordaba sus palabras cada vez que el sol hacía brillar así la neblina frente a su casa.

Unos días antes de llegar, su hermanita Luisa empacó, en un morral pequeño como ella, la poca vida que les quedó del pasado, de la casa de campo construida por su abuelo y de todo lo que les pertenecía. Era su herencia, pero la niña solo pudo rescatar dos camisetas, el vestido de cumpleaños que le cosió su madre y un dibujo. No era gran cosa, pero el dibujo mostraba la casa y el campo que tuvieron que dejar atrás. Cuando Luisa quería recordar el cielo del pasado, buscaba el dibujo y podía ver las estrellas que aparecían entre las nubes cada noche. También recordaba a su padre y los besos que le dejaba en la frente en las mañanas, y su voz diciendo “Buenos días, cielito hermoso”. Después del beso en la frente llegaba siempre al recuerdo la voz de su madre, que los llamaba a desayunar. Venía con el olor a leña y chocolate que lo cubría todo, toda su vida y toda la casa, que antes era de verdad, de madera y piedra, y ahora se había convertido en un pedazo de papel arrugado. Extrañaba el sol que le abrigaba las mejillas al mediodía; a las vacas que, con nombre propio y cariñito, saludaba en las mañanas; la comida perfumada por el humo del carbón y, sobre todas las cosas, las carreras por los pastizales con su hermano, que los ocupaban tardes enteras y los dejaban sonrojados, con las rodillas manchadas de tierra y la piel enrojecida por el sol y la hierba.

Por desgracia, el tiempo se mueve como las nubes y los recuerdos bellos se deshacen para darle lugar a los recuerdos más oscuros. Los rumores se tomaron los prados y las veredas y los pueblos cercanos, y la vida sencilla se transformó en un constante miedo, en un trasegar entre la cautela con los extraños y la posibilidad de ser señalados como guerrilleros por cualquiera que se le ocurriera decirlo.

Eso fue lo que debió pasar, porque un día llegaron unos hombres armados a buscar a su padre. Se lo llevaron y nunca más lo volvieron a ver. Tuvieron que irse ese mismo día, de afán y con lo poco que pudo cargar cada uno encima. Luisa quiso traer el rastrillo que usaba su padre para arar la tierra,

pero su madre no lo permitió. Ya tenía que llevar el peso de su máquina de coser y un bulto de ropa, y sabía que no podrían cargar nada más. Fue Rodrigo el que pudo convencer a su hermana para que dejara el rastrillo. “Allá no lo necesitamos”, le dijo. Luego la abrazó y hablando a su oído le prometió que volverían. “Volveremos y necesitamos el rastrillo acá, para sembrar como papá”, le dijo suavemente, como si fuera un pacto entre los dos.

Alguien les dijo que se fueran a la ciudad, que allá seguro encontrarían un lugar dónde vivir, así como un trabajo para Rodrigo, que ya estaba grande y debía ocupar, quisieran o no, el lugar de su padre. Creyeron que allí las cosas serían diferentes, que viniera lo que tuvieran que vivir, nada podía ser peor de lo que ya habían vivido, y por un tiempo fue así. Había miedo en las noches porque no era un barrio seguro, pero los hombres que se llevaron a su padre no habían llegado todavía a ese punto de la ciudad.

Decir que tenían una casa sería decir demasiado. La palabra “casa” implica imaginar una sala, puertas y ventanas, pasillos y habitaciones, pero Rodrigo y su familia compartían una sola habitación. Eso era todo. Una cama para su mamá y Luisa, y otra para él. Allí mismo estaban el baño y la cocina, divididos del resto del espacio por sábanas y cortinas de ducha. Eso lo deprimía, porque deseaba cumplir la promesa hecha a su hermana cuando dejaron el campo. Quería, por lo menos, conseguir un lugar mucho más grande para Luisa y su madre; un lugar con suficiente espacio como para que la esperanza también pudiera anidar con ellas. Prometió que conseguiría un trabajo, y eso fue lo que hizo. Buscó de casa en casa y de barrio en barrio hasta que, finalmente, un vigilante lo llamó.

—Me dijeron que anda buscando trabajo.

—Sí, señor. Puede confiar en mí, le juro que sí.

Solo deme la oportunidad y lo verá.

—Un amigo está buscando gente para trabajar en una finca.

Si le gusta la idea, le paso el dato. Usted dirá.

Una hora después, Rodrigo llegó a la dirección que le había dado el vigilante. Se había gastado lo poco que tenía en un pasaje de bus y tendría que devolverse caminando. Encontró el número indicado y,

tan pronto golpeó en la puerta, una mujer abrió. Parecía de la misma edad que su madre, pequeña y con un tono dulce en la voz.

—Debe ser el muchacho recomendado. Espero que tenga experiencia trabajando la tierra porque eso es lo que estamos buscando.

—Sí, señora. Crecí en el campo y aprendí de mi padre todo lo que se debe saber para trabajar la tierra.

—Entonces le va ir muy bien, mijito. Le voy a pedir que regrese el sábado, bien temprano. Acá habrá un camión que lo recogerá junto con otros muchachos. No se preocupe por el regreso, que ese mismo camión lo trae en unas semanas, cuando hayamos terminado el trabajo. Eso es lo mejor, porque va llegar con la plata completita.

—¡Gracias, mi señora! No se imagina lo mucho que me hacía falta esta oportunidad.

No le importó tener que caminar de regreso. Solo pensaba en lo feliz que se pondrían su hermana y su madre cuando supieran que había sido elegido, por fin, para un trabajo.





La maldad va por debajo

—¿Sí vio el noticiero, mija?

Amelia salió de la cocina hacia la sala limpiándose las manos en el delantal.

—No. ¿Qué dice?

—Que dizque guerrillos.

—¿Salió Santiago?

—No, nada. Ni caras ni nombres.

Amelia fijó su mirada en Rubén, esperando que él volteara a verla a los ojos, pero Rubén siguió pasando canales sin quitar la mirada de la pantalla. Una lágrima la podría manejar, pero estaba seguro de que, si se atrevía a mirarla, desataría un torrente de llanto que no podría controlar, y que los arrastraría de nuevo a las orillas áridas del “qué hubiera pasado si”. Rubén sabía que su esposa lo necesitaba, que el hogar se mantendría mientras se pudieran seguir mirando a los ojos. Amelia regresó a la cocina en silencio. Ya olía a café y las orillas de las arepas comenzaban a quemarse. Se recordaba a sí misma la vieja creencia de que, así como estaba de ánimo, le quedaba la comida. Rubén se paró lentamente, un cuerpo sin voluntad propia y a merced de la costumbre, y se sentó frente a la mesita de la cocina a esperar el desayuno. El crujido de la silla de plástico lo sacó de su ensimismamiento. Pensó que esa silla llevaba rota mucho tiempo y que tendría que cambiarla pronto.

—Hoy hay reunión —dijo Amelia, dejando frente a Rubén un plato y un pocillo.

—¿Dónde?

—Donde la señora Erminda.

—¿No fue allá la vez pasada?

—No, a ella no le toca hace más de un mes.

—Dígale a don Julio que la plata que le debo se la pago la semana entrante. Ahí logré negociar un par de bultos de maíz del último camión para camellar el sábado —respondió Rubén, y apartó el plato con los restos de arepa quemada.

—¿Quiere más café?

—No. Ya me toca salir para alcanzar a revisar la moto.

Desde la muerte de Santiago, dejar a Amelia sola le producía escozor. Rubén debía contentarse con la idea de que a ella no le iba a pasar nada porque no era un jovencito sin trabajo ni futuro. Pero la tripa no lo dejaba tranquilo. Él sabía que aún había peligros, que las reuniones de Amelia podían salir caro. Y, a la vez, no podía evitar que siguiera su búsqueda, porque eso sería arrebatarse lo que le quedaba de Santiago. Había que hacer lo que había que hacer. Vivir mediando entre la necesidad de ser realista y coger el toro por los cuernos, y la fragilidad que se proyecta en fantasías para intentar aliviar lo irreversible. Porque Rubén sabía que eran los sueños los que lo resguardaban de la locura. O eran, quizás, una forma de locura permitida.

Conocía a Milton hacía más de dos décadas. Había heredado el taller de mecánica de su padre, pero tuvo que cerrarlo por largas temporadas durante las oleadas de violencia, por lo que el local se había deteriorado mucho. Hacía un par de meses, apenas, había vuelto a operar. Milton era audaz en sus posiciones políticas, lo que le había valido ya varias amenazas y uno que otro susto. Era, sin duda, un perseguido, pero en el fondo algo en él disfrutaba el juego azaroso de desafiar el poder. Vivía solo, sin familia, y tenía siempre un aire de renegado que intimidaba a los desconocidos y causaba admiración entre los conocidos. En cuclillas, y engrasado parejo hasta el pelo, Milton fumaba un cigarrillo sin filtro mientras veía llegar a Rubén, que estaba pálido de los nervios.

—¿Sí vio el noticiero esta mañana? —le preguntó Milton, a manera de saludo. Rubén asintió, pero no dijo nada. Sentía la garganta reseca, estrujada, como una bola de papel.

—Se está poniendo feo. Eso se va a calentar, Rubén.

Milton arrojó la colilla y se enderezó, mientras se limpiaba las manos con un trapo.

—Estos no son tiempos para andar huevoniando. Usted tiene que hacer que Amelia entre en razón. Estos hijueputas no respetan a nadie.

De pronto Rubén pensó que, quizás, dejar de insistir era una forma de vencer el dolor; que era la forma de hacerle conejo a la violencia, de pasar la página. Tal vez era su búsqueda la que prolongaba el dolor. Quizás la receta para la justicia, la verdadera justicia, aquella que permite volver a vivir en paz, se encontraba en el olvido, en dejar las cosas así y no perder los años de vida restantes sumidos en el dolor perpetuo de una lucha imposible de ganar. Acaso, ¿qué otra forma de justicia traería mejores resultados? ¿Qué búsqueda, qué verdad podría regresarles a Santiago? Pero Rubén se debía a su esposa, y más importante todavía, compartía con ella la indignación. ¿Dejar así? ¡Eso nunca! No se puede vivir en paz ignorando—no, pisoteando— la propia indignación. Eso sí que es una quimera.

—Milton, yo lo respeto a usted y sus opiniones. Pero yo no puedo dejar así... —su voz alcanzó a quebrarse. —De pronto hay más justicia en perder la vida por una causa que en tratar de vivir en paz a costa del olvido.

Milton asintió con tristeza, lo cogió del brazo y lo llevó adentro, detrás del mostrador, donde había poca luz. Abrió un cajón que parecía una caleta, y continuó:

—Mire, Rubén. Yo a usted lo aprecio. Yo vi crecer a Santiago. Yo solo quiero que se cuide, que no se le vaya a ir hondo. Yo se la doy porque usted me la pidió, pero le digo que no es buena idea. Esto no lo va a cuidar a usted, ni con esto va a proteger a doña Amelia. Yo lo entiendo y le respeto lo que decida, pero como su amigo le digo: usted no es así.

Le pasó a Rubén un trapo de algodón burdamente doblado. Mientras Rubén sentía el peso en sus manos, Milton ojeaba, desde la oscuridad, la entrada del taller, para asegurarse de que nadie los fuera a ver. Dejó que Rubén se ocupara de esconder el bulto en el depósito de la moto y comenzó a limpiarle la transmisión. Mientras Milton terminaba el trabajo, Rubén

salió a la calle ajustándose el cinturón y mirando los alrededores. Hacía sol. Se escuchaban niños corriendo y jugando, pero no podía verlos. Las señoras mercaban lo que el dinero les permitía en puestos de frutas y verduras sobre la calle. A lo lejos, cruzaba lentamente una camioneta de vidrios oscuros, que le hizo saltar el corazón. Contra el poste más cercano alguien había dejado un inodoro roto para que lo recogiera el que quisiera. Rubén se quedó mirándolo como si hubiera algo peculiar en él. ¿Cuántas personas habrán cagado ahí?, pensó. Detallándolo, se percató de que era el mismo modelo que él tenía en el baño de su casa. Sintió una conexión con la camioneta que no sabía descifrar. Como si la humanidad se asemejara más al inodoro que a la camioneta. En su fijación, se le endureció el cuerpo, como si todo él fuera un gran espasmo. Su mente se adormeció y Rubén se quedó así, en un estado entre ido y pensativo. Los niños, los ruidos de la calle, el calor del sol sobre los hombros, todo pasaba en el fondo inane de una escena que no quería participar en el presente, pero que llamaba el recuerdo y traía la nostalgia.

—¡Ya está lista! —dijo Milton.

—¿Qué tenía?

—Mugre. Con una limpieza tuvo.

—¿Le puedo pagar la semana que entra?

Milton le respondió con una palmada fraternal en la espalda

—Usted págueme cuidándose mucho, ¿oyó?

Rubén no supo si tomarlo en chiste. Sonrió dubitativamente.

Había, en ese comentario, una solidaridad tan inesperada como insatisfactoria.

—Salúdeme a doña Amelia.

Rubén arrancó en su moto hacia la plaza, nervioso ante la idea de caer en una requisa en cualquier esquina.

A las seis de la tarde llegó Amelia donde la señora Erminda. Ya habían llegado otras cinco o siete compañeras. El ambiente era de respeto silencioso, enrarecido y triste. No había lugar a cortesías exageradas. Las unía

la conciencia de que, cuanto más hicieran, más expuestas quedarían todas. Por eso tenían ciertas reglas. Nunca se reunían dos veces consecutivas en el mismo sitio. Nunca llegaban en grupo. Las reuniones tenían lugar en horarios de visitas sociales. No había alcohol. Estaba prohibido hablar muy duro y las cortinas permanecían cerradas. Doña Erminda tenía ya dispuestos los asientos en círculo para la reunión. En la pared del fondo había una cruz colgada, y debajo una mesita con un florero, un velón blanco y un plato lleno de galletas. Doña Erminda servía café y agua aromática a diestra y siniestra, y Amelia moderaba la reunión.

—Yo he estado hablando con un abogado de Bogotá que dice que se puede abrir un proceso colectivo—dijo doña Erminda.

—Eso en Bogotá es peligrosísimo, ¿no ve que desde allá es que controlan la policía? ¿De dónde salió ese abogado? —respondió Blanca, la más joven del grupo.

—Mi hijo que está viviendo en Bogotá lo consiguió. Es un tipo limpio. Son los de por aquí los que terminan informando a la policía.

—Ayer recibí una llamada a la casa, pero nadie habló. Se quedan callados. ¿Alguien más ha recibido llamadas? —preguntó Sandra, que desde que habían matado a su hijo vivía sola, y sentía miedo constantemente.

—Eso del abogado es muy largo. De aquí a que algo se resuelva pueden pasar muchas cosas y nos exponemos demasiado. Hay que buscar que los medios se enteren pa que lo saquen al aire —dijo Amelia.

—Los medios ya saben y no les importa, no dicen nada de nada —siguió Erminda— lo mejor es ir por la vía legal.

—Y si les da por averiguar y entrevistar a alguna de nosotras, ¿Quién se va a prestar? No. Eso es muy peligroso —añadió Celia, quien había perdido a sus dos hijos el mismo año.

El rugido estertoroso de un motor silenció la reunión. Erminda se asomó por el pliegue descosido de la cortina, y vio una camioneta de vidrios oscuros, que avanzaba lentamente por la cuadra. Decidieron levantar prematuramente la reunión y, después de asegurarse de que la camioneta

no regresaba, salieron una por una, con intervalos de diez minutos, cada quien hacia su hogar. No era la primera vez que veían la camioneta, o que alguna cosa las obligaba a suspender las reuniones.

Rubén no se había atrevido a abrir el bulto de algodón en todo el día. Sabía que Amelia no iba a estar en casa. Entró despacio, llevando el bulto como un ponqué, o como una bomba. En sus manos había poder, y en su mente, terror. Entró al baño y puso el manto sobre el lavamanos. Alzó la mirada para ver su reflejo. No se reconoció. No sabía qué iba a hacer, no había un plan, ni siquiera una remota idea. Pero él ya era otro. En ese momento y frente al espejo, su tormento ya no era la muerte de Santiago, sino el peligro de dar un paso del que ya no habría retorno, el peligro de no poder volver a ser el de antes. Giró la cabeza a la derecha y clavó la mirada en el inodoro. Quería volver a habitar el momento de la mañana frente al poste, escuchar a los niños en la calle, sentir el sol. El mundo se veía muy bonito así. La podredumbre siempre va por debajo. ¿Cómo, sabiendo esto, no cuidó mejor a su hijo? Con lágrimas en los ojos, Rubén se reconoció en el espejo. Bajó la mirada y desanudó el bulto, expectante, ansioso, pliegue tras pliegue hasta que, finalmente, el destello del metal lo deslumbró. Parecía nueva, pero ¿qué iba a saber él de esas cosas? Había que sentirla en la mano, ponderar su peso, experimentar el poder. La empuñó, detalló cada pieza, buscó la belleza en medio de sus nervios. Pero, como todo lo nuevo, lo sintió ajeno. Ese no era él. En el espejo volvió a aparecer el irreconocible, aquel que Santiago nunca tuvo que ver. Llorando, apuntó contra su imagen como si estuviera en una película. Quería disparar, saber lo que se siente. La mano le temblaba. Entonces sonó la puerta de la casa. Rubén le dio vuelta al aparato y golpeó fuertemente el espejo con la culata. Amelia corrió al baño asustada. No pudo ocultar su escalofrío al ver la escena. A Rubén lo invadió la culpa de haber llegado tan lejos, de haberla olvidado, de no saber cómo ser el de antes. Amelia lo abrazó por la espalda mientras Rubén veía la imagen de su cara fragmentada en el espejo roto. Ver a su esposa a los ojos se hacía cada vez más difícil.

Esa noche no hablaron. Durmieron abrazados en un silencio cómplice, con la esperanza de que, al amanecer, las cosas fueran diferentes.





Un hueco lleno de rabia y miedo

Hacía horas que estaba despierto, con la vista fija en las grietas del techo. Le dolía la espalda y le ardían los ojos, pero Saúl no se movía. Estaba despierto, pero no estaba del todo ahí: fantaseaba con imágenes y recuerdos que se mezclaban entre las horas, como si pudiera verlas proyectadas en el techo, y que lo dejaban inmóvil, sumergido en una nostalgia asfixiante. De pronto, sonó el despertador. Se extrañó de que Lucía no hubiera reaccionado a la alarma. Apagó el reloj y volteó a mirarla. Lucía estaba inmóvil, en la misma posición que él, con los brazos cruzados sobre las cobijas. Saúl le tomó la mano y permanecieron así, boca arriba, en un silencio cómplice de tristeza solidaria. Afuera pasaban motos, vendedores ambulantes, buses escolares, todos sus vecinos viviendo el día a día, mientras Lucía y Saúl trataban de encontrar las fuerzas para levantarse. Los días eran el tiempo corriendo sin que pasara nada, un espacio vacío, silencioso y oscuro.

Saúl se levantó y fue directo a la ducha. Lucía fue a la cocina a poner el agua para el café. Saúl escogió su mejor camisa. Lucía se sorprendió de verlo frente al espejo, ajustándose el cuello, y la corbata. Cuando Saúl se volteó a mirarla, también se sorprendió de sí mismo. Se estaban arreglando para honrar la memoria de Daniel, sí, pero también para enfrentar a los culpables. Lucía no quería usar medias veladas, ni zapatos de tacón, ni un vestido; quería una armadura, otra piel, algo que la protegiera y la hiciera más grande, más potente, protectora, al menos, del nombre de su hijo. Saúl la abrazó. Debían lucir respetables ante los magistrados, ante la institución que les debía tantas explicaciones. Había que enaltecer la ocasión dando de sí, precisamente para que la institución pudiera operar. Hasta en los rituales de la justicia se requiere algo de las víctimas. No tenían opción. Resistir las formas de la justicia sería arrastrar la memoria de Daniel. Sería conceder que él ya no importa, que las mentiras se llevaron su historia, la consumieron. Saúl y Lucía se miraron hasta que ella rompió el silencio:

—Por Daniel.

Los ojos de Saúl se aguaron. Envidiaba y admiraba la fuerza de su esposa. Sin ella, él realmente no hubiera sabido cómo reivindicar a su hijo, no hubiera tenido la fuerza de dar los pasos necesarios. Era un extraño

desamparo el que vivía Saúl, pues la mirada de Lucía le recordaba su impotencia y, al mismo tiempo, le daba ánimos para seguir. A las nueve de la mañana era la cita con el abogado que los había estado ayudando los últimos meses. Se llamaba Darío y era alto, de piel morena y anteojos gruesos. Era amable y breve en sus intervenciones, lo que daba la impresión de que estaba siempre muy ocupado. A Lucía le daba la sensación de que Darío tenía muchos procesos revoloteándole en la cabeza todo el tiempo, y que cuando hablaba tenía que capturar las ideas al vuelo, cuidándose de no confundir un caso con otro. El plan era reunirse temprano para ultimar detalles de la audiencia, que estaba programada para las 10:30 am. En el camino a la cita, Saúl y Lucía permanecieron en silencio. Se habían acostumbrado a compartir la zozobra sin necesidad de hablar. Para Saúl era un alivio sentir compañía en su dolor sin tener que pensar en palabras para describirlo. Lucía, por su parte, pensaba más rápido, hacía cálculos en la cabeza, ponderaba opciones, pero respetaba el silencio que se había convertido en símbolo de solidaridad cuando se trataba de Daniel.

La oficina de Darío era pequeña, pero bastante acogedora. Tenía una ventana grade, por la que entraban unos rayos tibios de sol. Darío los recibió mientras terminaba una llamada telefónica. Saúl y Lucía no sabían si sentarse o esperar a que Darío terminara de hablar. Había papeles y libros regados por todas partes, y en la pared del fondo colgaba un diploma enmarcado, tan amarillado por el sol y el tiempo, que ya casi no se podía leer. Darío colgó el teléfono y volteó a recibirlos.

—Siéntense, por favor.

Lucía comenzó a hablar y la lengua se le hizo un nudo.

—Doctor Darío, mire, yo estoy muy nerviosa porque pues yo sé que esa gente va a estar allá dándonos la cara y todo. Pero nosotros no sabemos qué decir. Usted va a estar allá con nosotros, ¿verdad? No nos vaya a dejar solos.

—Doña Lucía, ustedes no tienen que decir nada. Como le dije la vez pasada, los responsables tienen dos opciones: o reconocen su responsabilidad, o la niegan. En su caso, los responsables quieren reconocer su culpa. Para eso es la audiencia. Ustedes deben estar presentes porque es ante ustedes

que se hace el reconocimiento de responsabilidad. La Magistrada registra el testimonio y lo hace oficial dentro del proceso. Con base en este testimonio, y en otras pruebas que la Jurisdicción reúne, la Magistrada puede emitir un fallo judicial. Por ahora, ustedes no tienen que decir nada.

Saúl, envalentonado por la pregunta de Lucía y aliviado por la respuesta de Darío, preguntó:

—Doctor, ¿y si los que van no son los que son? O sea, ¿qué tal que sean otros? Porque yo sé quiénes fueron, esos que hacían patrulla por aquí, que disque cuidando y teniendo esto seguro. Pero yo sé, yo me grabé sus caras. ¿Y si no son esos los que van hoy?

—Saúl, la Jurisdicción ha hecho la investigación basada en muchas pruebas y testimonios para identificar a los perpetradores con nombre propio. Estos responsables identificaron a Daniel como su víctima. No hay pierde. Nadie va a confesar un crimen que no cometió. Además, si mienten, pierden todos los beneficios. Se van para la cárcel veinte años.

—Ay, doctor, pero es que yo no sé si quiero verlos —dijo Lucía. — Usted no se imagina lo que siento. Es como un hueco aquí, en el centro. Un hueco lleno de rabia y de miedo y de odio. Yo no sé cómo hacer para mirarlos. Yo no logro entender cómo son capaces de hacer una cosa de esas.

—Doña Lucía, ustedes tienen la oportunidad de dirigirse a la Jurisdicción. Pueden hablar, contar su versión, decir cómo se sienten. No tienen que hablarle directo a los responsables. Pero ustedes siempre tienen derecho a hablar. Eso sí, los responsables van a pedir perdón. Pero ustedes no tienen que perdonar. No tienen que responder. Ustedes no les deben nada.

—Ay, no, doctor. ¿Cómo se le ocurre que nosotros vamos a perdonar? ¿Usted podría?

Mientras la conversación iba quedando entre el abogado y Lucía, Saúl imaginaba lo que podría suceder en la audiencia. Quizás, si quedaban suficientemente cerca, le alcanzaría a dar un puñetazo a uno o dos de esos. Así lo reprimieran, así lo detuvieran, así le tocara pasar la noche en un calabozo. No importaba. La rabia tenía que salir. Pero no podía exponer

a Lucía a más sufrimiento. La justicia tiene sus formas, y obedecerlas nos hace padecer el sufrimiento de manera muy particular. Saúl interrumpió:

—Yo, la verdad, quiero que todo pase rápido. Llevamos años esperando este momento. Quiero que sea pronto, que podamos pasar la página.

—La audiencia puede durar todo el día —dijo Darío—. La regulación dispone de momentos específicos para que las partes hablen, pero esto no es un encuentro de reconciliación.

Lucía y su esposo se miraron con angustia. Había, siempre, algo que no quedaba resuelto con las respuestas del abogado. Pasaba lo mismo con la burocracia del proceso jurídico. Siempre quedaba algún grado de desamparo, cierta soledad, la duda de que todo es un espectáculo de la justicia y que el daño no solo quedaba hecho, sino que nada podía remediarlo. Pero la audiencia no podía ser simplemente un espectáculo. De eso dependía la honra a su hijo, por lo que tenían que hacer valer la audiencia. Así, el momento burocrático se convertía en una oportunidad que debían saber aprovechar. Esa era la fuente de su desamparo.

Al inicio de la audiencia, Darío acompañó a la pareja a sentarse en los lugares designados para las víctimas. Había poca gente aún, pero se veía movimiento. La mesa de Magistrados se veía imponente. Había un podio, micrófonos por todas partes, filas de asientos en varias direcciones, todo dentro de un salón de personas ocupadas que trabajaban casi susurrando para no irrespetar el espacio. Para Saúl y Lucía todo era nuevo, todo parecía decir que algo importante estaba por suceder.

Quince eternos minutos después, entraron los responsables, también acompañados de sus abogados, y se sentaron en el lado opuesto del salón. Saúl los reconoció de inmediato. Lucía estaba medio obnubilada, pensando. Saúl se alivió de que hubiera buena distancia, así sería más fácil evitar la tentación de golpearlos. Decidió no mirar más y esperar a que iniciara la diligencia.

Lucía repetía en su mente las miles de formas que había imaginado para enfrentar a los culpables. La expectativa crecía como la rabia. Lucía había aprendido a evitar esos pensamientos para poder dormir. Miró a Saúl. Quizás la muerte de Daniel los había hecho conocerse mejor. También los hizo, quizás, más cómplices en la vida. Los magistrados entraron en la sala.

Las togas los hacían ver más altos que el resto de los mortales, como si flotaran. A Saúl y Lucía les pareció que no eran personas de carne, sino de ideas; como si no tuvieran familia ni preocupaciones, como si no supieran de mezquindades. Eso los alivió, porque les dio la confianza de que encontrarían justicia. La sensación se esfumó rápidamente. Los protocolos se hicieron eternos y vacíos, porque Lucía y Saúl no entendían lo que estaba pasando. Los magistrados no solo eran de otro mundo: también hablaban otra lengua. Hasta que llegó el turno de Lucía. Subió al podio, pero el micrófono le daba por encima de la cabeza y tuvieron que ajustarlo. Finalmente, dijo:

—Si mi historia fuera única, valdría menos para muchos de ustedes, pero para mí sería lo mismo. Dolería igual.

Lucía no sabía a quién dirigirse. No quería mirar a los responsables a los ojos. Había personas que ella no reconocía. También cámaras grabando, que ella no había anticipado. Entonces recordó lo que le había dicho el abogado Darío y decidió mirar hacia los magistrados directamente. Entonces dudó si esa primera frase aplicaba para ellos también. Ante ellos, sus palabras se tornaban en testimonio, no discurso; denuncia, no exigencia. Si había rabia por desfogar, ésta estaría supeditada al orden del proceso. La desesperanza, los hechos, las angustias, la zozobra, todo debía caber elocuentemente en pocos minutos. Aquí nadie, jamás, sabrá lo que ha sido esto, pensó.

—Aquí nadie, jamás, sabrá lo que ha sido esto.

Necesitó coraje para pausar y tomar agua, para someter a los demás a su ritmo. Incluso ahí sentía que tenía que ganarse su espacio para hablar.

—En este pueblo han desaparecido personas desde hace mucho tiempo. Los que somos de aquí sabemos que no podemos dar papaya, porque la voz se corre rapidito. Lo que no puedo entender es que corran peligro quienes ni siquiera dan papaya. A mi hijo lo educamos bien, para que se cuidara, para que supiera dónde meterse y dónde no. Aquí, si uno se mantenía sano, lo dejaban sano. Pero hace ya varios años eso no funciona así. Comenzamos a saber de jóvenes, como el hijo de la señora Erminda, o el de doña Amelia, que eran buenos, que estudiaban, y que desaparecieron. Eso cambió la vida para todos, porque ya nadie estaba a salvo. Ya cualquiera podía caer. Y solo después de que nos pusimos a averiguar, fue que supimos lo que estaba pasando. —Lucía se tomó un momento, respiró despacio, apretó el puño izquierdo dentro del bolsillo de su abrigo, y continuó —Mi hijo desapareció hace casi nueve años. Pero yo no quiero repetir la historia de lo que pasó. Solo que pasó mucho tiempo antes de que se supiera lo que le hicieron. Y yo, francamente, no sé qué es peor, si vivir con la duda o haberse enterado y sentir la injusticia doble. Porque no hay derecho a que sea el propio Estado el que se preste para estas cosas. Cada vez que voy a la tienda a comprar algo, o al mercado, no dejo de pensar que con mis impuestos estoy pagando esas balas...

Y se quebró en llanto. La sala permaneció en silencio unos minutos. En todo el recinto se sentía el nerviosismo. Saúl no supo si debía acudir, abrazar a su esposa, o si debía respetar su dolor, su momento, desde la distancia. Lucía dejó el podio y regresó junto a su esposo.

Otras personas hablaron sin que Saúl y Lucía pudieran entender del todo lo que decían, pero ese tiempo les sirvió para recomponerse un poco. Y luego llegó el momento del reconocimiento de responsabilidad.

Saúl y Lucía vieron a un compareciente, un mayor del Ejército Nacional, caminar torpemente hacia el podio. Los militares usualmente caminan con decisión, con paso firme, mostrando seguridad y autoridad. Pero el Mayor, despojado de su uniforme, señalado y aceptando su culpa, no era más que un hombre común tratando de dignificar su presencia en el mundo. Si Lucía debió esforzarse para hablar y para ganarse su lugar, el mayor debía

esforzarse por no sucumbir al llanto. Lucía también quería ver algo de dignidad en él, pues por graves que hubieran sido sus actos, era solo un hombre. Un hombre frágil, que alguna vez también fue un niño inocente.

El Mayor habló con decisión mal fingida.

—En el curso de la defensa del territorio nacional han sucedido muchas cosas. Ha habido errores. Ha habido enemigos de Colombia. Buena parte de lo que yo he hecho en el Ejército, yo me siento orgulloso de haberlo hecho. Hoy vengo ante ustedes señores magistrados, ante la sociedad colombiana y, principalmente, ante las víctimas, a asumir mi responsabilidad en el asesinato de estos jóvenes. No existe justificación alguna para esos viles actos, actos cobardes, actos miserables. Fueron años en los que la guerra se degradó y la presión por resultados se hizo inmanejable. Caímos en la trampa. Pasamos de defender las instituciones del Estado y a la sociedad colombiana a atacarlas, a denigrarlas, a denigrar nuestro uniforme, nuestra propia razón de ser...

Saúl y Lucía estaban fijos en el Mayor.

—Ante ustedes quiero reconocer, con mi más profundo arrepentimiento, que yo di la orden de que identificaran y detuvieran ilegalmente y asesinaran a estos jóvenes. No hubo información previa, ni sustento alguno que soportara dicha acción en contra de estos muchachos. Fue un crimen del cual, con toda vergüenza debo decir, hice parte. Les pido a sus padres, de todo corazón, que me perdonen por ello.

Lucía, a pesar de ver al mayor compungido asumiendo su responsabilidad, enrojeció de la furia porque sabía que no había arrepentimiento alguno que le devolviera a su hijo. Que aquella decisión era irreversible. Ninguna indignación se comparaba con esta. Sintió, en el corazón, el golpe de la misma bala que había matado a su hijo. A Saúl se le aguaron los ojos. Era una audiencia de reconocimiento de responsabilidad. ¿Cómo era posible que estos hombres que hoy no se atrevían a mirar a los ojos a estos padres y madres destrozadas, que se encogían en aquel atril a balbucear un perdón, que parecían hasta inofensivos, fueran los mismos que, años atrás, apretaron el gatillo o dieron la orden de acabar con vidas inocentes?

Se miraron entre sí para ver si encontraban alguna respuesta en los ojos de las otras víctimas, pero solo había incertidumbre. Miraron al abogado, quien les hizo señas de que lo tomaran con calma, que esto aún no terminaba.

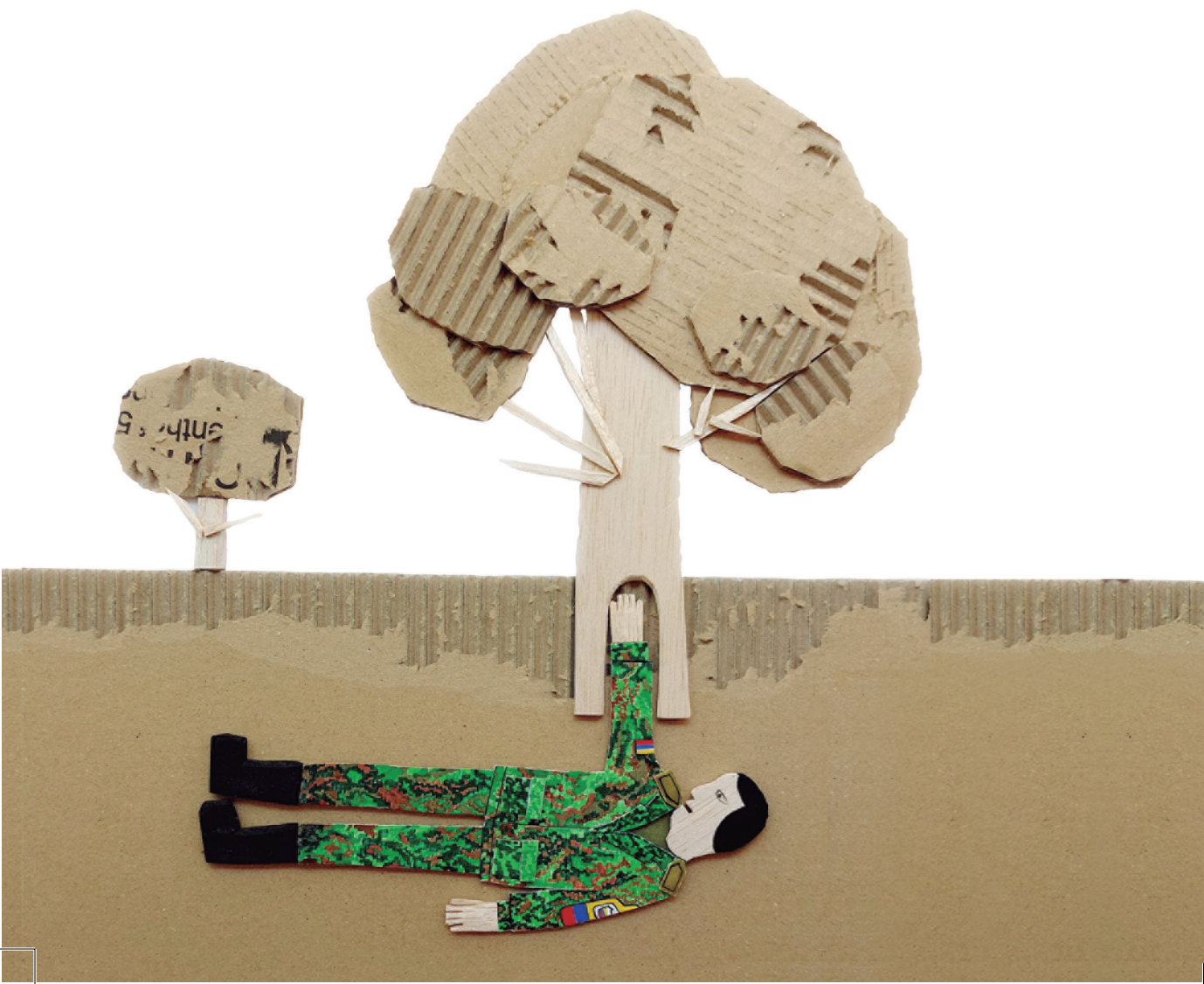
Camino a casa, Lucía no podía dejar de reproducir en su cabeza, una y otra vez, lo que acababa de ocurrir. No encontraba una relación coherente entre el canalla que había asesinado a su hijo, vestido y poderoso bajo las insignias del ejército colombiano, y el hombre apocado que habían tenido al frente en la audiencia. Se suponía que sentirían un alivio al escuchar a los responsables, al saber la verdad, al ver su arrepentimiento. Sin embargo, ya no eran ellos: eran unos hombres envejecidos que decían ser aquellos militares de otrora, que contaron una historia sobre los hechos que ellos no terminaban de creer, porque no era lógico que alguien de mayor rango no hubiese dado la orden; esos hombres que no fueron capaces de mirarlos a los ojos, de sostener esa mirada y de conmoverse con las familias rotas que habían dejado en el camino. Por eso Lucía se preguntaba sobre lo que había esperado tantos años y lo que, al final, le ofrecía ahora el sistema de justicia transicional a ella y al resto de víctimas. Saúl la acompañó en el acostumbrado silencio, que ya se había convertido en un refugio del dolor.

Repitiendo las palabras del Mayor, Lucía alcanzó a pensar que, sabiendo cómo se había envilecido y deformado la guerra, cualquier cosa era posible. Incluso, pensó que esos hombres tenían su alma curtida por la indolencia de vivir entre la hostilidad y la violencia, que esas historias que contaron tal vez eran ciertas, que eso fue así y que esas horrendas muertes fueron el producto de dádivas: así de simple y así de grotesco, el resultado de una transacción impúdica de vidas por licencias o por dinero. ¿Quién podía saberlo? Esta guerra era capaz de romper los límites de la imaginación más perversa. Después de todo, el Mayor sí estaba camino a un reconocimiento, pero la vehemencia interior de Lucía, de solo estar dispuesta a escuchar su propia verdad, le había impedido considerar otras posibilidades. El dolor era demasiado grande. Y su necesidad de honrar a Daniel, de hacer de la audiencia el monumento a la verdad que limpiara su nombre, la había sobrepasado. Saúl, triste, lamentaba no haber tenido el valor de decir nada. Le apretó la mano a Lucía, se le acercó despacio y le dijo al oído:

—¿No vio cómo se le cayeron los papeles al Mayor?, ¿vio cómo le temblaba la mano?

Esa tarde permanecieron abrazados en el sofá de la sala, sintiéndose insatisfechos y algo culpables, sin saber por qué. Se preguntaban cuándo lograrían sentir que la justicia llegaba, que tocaba su puerta, que les aliviaba en algo ese dolor tan tormentoso. En medio de todo, Lucía y Saúl se sentían orgullosos por su actitud, por haber podido enfrentarlos sin miedo, de haber guardado su posición sin dar un paso atrás, de no haber permitido que volvieran a pisotear el nombre de su hijo. Pensaron, al final, en que no solo ellos perdieron la vida con la muerte de Daniel: una parte de ese hombre también había muerto, una gran parte de su familia. Para ellos murió la posibilidad de ser plenamente felices, de vivir tranquilos, de caminar sin cargas. A la larga, pensó Lucía, somos todos iguales: personas heridas que llegamos a una diligencia cargando un dolor, esperando justicia, y que lo único que pudimos hacer fue compartir cada uno su tragedia.





Todas las veces que muero

Uno se puede morir muchas veces, de eso estoy seguro. La primera vez que me sucedió fue cuando murió mi esposa. No sé cuántos días estuve así, pero yo sentí que fueron años. Cuando volví, la vida no era la misma; estaba lejana, como corrida unos centímetros a la izquierda, y desgastada, dolorosa, como una camisa demasiado vieja sobre piel quemada. No me quedaba bien, no se sentía propia, pero era la única que tenía. Eso fue hace mucho tiempo. Mi hijo, Carlos, fue quien me trajo de vuelta. Con él a mi lado pude hacerlo todo. Trabajábamos juntos en construcción y nos gustaba, porque jugábamos a imaginar cómo se verían los espacios una vez terminados, con las manos de pintura y los muebles bien centrados. Eso era lo que hacíamos: soñábamos con tener un hogar de nuevo, mientras construíamos las casas de los demás. Casas grandes con jardines para los hijos y los nietos. Apartamentos de varias habitaciones y techos altos, con vistas grandiosas de la ciudad. Yo le enseñé todo lo que sabía, y Carlos era tan bueno como yo. Pero él quería estudiar. Yo lo apoyaba, por supuesto. El problema era el dinero, porque el estudio es muy caro, así que nos pusimos a ahorrar juntos. Cuando supe que me lo habían matado, yo me morí con él. Esa fue mi segunda muerte.

Ya han pasado seis años. Cada tanto entro a su habitación. Ustedes la vieran, está igualita a como la dejó. Tengo los libros que no regresó a la biblioteca, y su colección de discos de rock está en el mismo sitio de siempre. Lo único que yo hice fue tender la cama, el resto está tal cual el día que Carlos salió a encontrarse con su novia. Para poder contar todo esto que nos pasó, para recordarlo ante fiscales, procuradores y magistrados, como lo he tenido que hacer a lo largo de estos años, primero voy a su habitación, la recorro con la mirada, intento atrapar su olor que día a día se diluye en la quietud del espacio vacío. Eso es lo peor, porque vuelvo a sentir que puedo morirme varias veces. Pero no me importa, yo lo sigo defendiendo. Porque por más de seis años me han dicho lo mismo: que se lo merecía, que seguro era guerrillero o delincuente,

que andaba en vainas chuecas, qué se yo. Entonces lo veo muerto de nuevo y siento que me voy tras él. Aún así, me levanto de su cama para decirle a la gente que no, que él no era nada de eso, que era una persona honesta y que, además, era mi hijo. Pero eso de contar la misma historia una y otra vez duele mucho. Mire, eso es como si uno tuviera que revivir ese esfuerzo doloroso de parir un hijo y luego de tener que enterrarlo una y otra vez; una tortura. Después de eso no me queda nada, solo su habitación y unas cuantas fotos.

Carlos desapareció en abril. Lo busqué durante días, por todos lados. Su novia y sus amigos me ayudaron pegando unos cartelitos que imprimí y fotocopié en una papelería del barrio, mientras que yo les preguntaba a los vecinos, puerta por puerta. Así, hasta que llegué a la estación de policía. Había pasado una semana desde la última vez que lo vi, y la policía lo que hizo fue lavarse las manos diciendo que eso era asunto de la Fiscalía. Allá fui y allá empezó el sufrimiento por las mentiras que decían. “Don Nelson, ¿está seguro de que su hijo no anda en malos pasos?”, o “Don Nelson, ¿no cree que su hijo se fue por alguna gente por ahí y a usted no le contó nada?”, “¿no se habrá volado con alguna hembra?”... como si quisieran convencerme de que ellos conocían a mi hijo mejor que yo. Pero yo no les creí. Había algo raro en su desaparición y yo no estaba dispuesto a dejarlo así, por lo que seguí buscándolo. Dejé de hacerlo en el barrio y salí por la ciudad entera, por los parques y las terminales, hospitales y estaciones de policía, preguntando por él mientras mostraba su foto a desconocidos que nada podían decirme. No sé si fue porque nunca cedí en el objetivo de encontrarlo, pero finalmente sucedió. Después de decenas de llamadas falsas, por fin hubo una que era cierta.

Nadie me lo ha confirmado, pero estoy completamente seguro de que fue por los carteles y los volantes que repartimos por la ciudad que la Fiscalía apareció. “Encontramos a su hijo”, me dijo una funcionaria, cuyo nombre nunca me grabé. Me dijo que había muerto “en combates con el ejército”, y eso yo no lo pude creer nunca, ni siquiera cuando me reuní con otro funcionario de la Fiscalía que me mostró unos recortes de prensa que hablaban del supuesto operativo en el que lo mataron. Fue en Ocaña, en Norte de Santander, pero Carlos nunca había ido por allá antes. Él no conocía, no tenía nada que hacer allá. Era imposible, y por eso empecé a investigar por mi cuenta, como si fuera uno de esos detectives que uno ve en las películas, y ojalá lo hubiera sido, porque ellos siempre saben qué hacer, en dónde buscar, cómo resolver los misterios. Pero yo era un simple trabajador de construcción que buscaba la verdad sobre la muerte de su hijo, nada más.

Lo primero que hice fue viajar hasta donde lo habían enterrado. Fue allá mismo, en Ocaña. Mi siguiente muerte fue cuando vi su cuerpo. Otra más cuando volví con él para sepultarlo aquí, donde vivió conmigo y fue feliz. Porque, ahora, no era solo el padre del hijo muerto, sino que de repente me convertí en el padre de un “guerrillero”. Era como si, de la nada, le hubieran cambiado la historia de vida a mi hijo, porque había dejado de ser la persona que salía a trabajar de lunes a sábado mezclando cemento y pegando ladrillos, para convertirse en un “alzado en armas” que merecía morir así. Fue entonces que prometí decir la verdad sobre Carlos, hacerlo sin importar dónde tuviera que ir o los silencios que tuviera que romper.

Fue difícil, en especial porque el dinero es poco para alguien como yo, que trabaja cuando puede, y con las diligencias judiciales eso era o pedir permiso siempre, o renunciar cuando veía que tenía que escoger entre el trabajo y mi búsqueda. Fue en esas jornadas de audiencias que conocí a los soldados que formaron parte del asesinato. Todos decían las mismas palabras, y escucharlos era como escuchar una grabación que se repite; las mismas palabras, como aprendidas de memoria, en la boca de cada uno de ellos, siempre señalando a Carlos como “guerrillero”, “enemigo”, “positivo”. Yo sabía que nada de lo que decían era cierto, que esos días en los que contaban que mi hijo andaba por el monte, él andaba trabajando conmigo en una casa cerca al barrio. A veces paso por ahí, y lo recuerdo cargando los bultos de cemento.

El peor error de quien llena un saco es creer que un grano de trigo no hace la diferencia. Que ese grano perdido no llena nada, pero se equivocan. Fueron pequeños detalles, pequeños dolores que aparecían cuando un soldado se atrevía a decir la verdad antes de ser silenciado. Yo era uno de esos granos que se escaparon del saco de mentiras que nos decían, y me fui encontrando con otros que pasaban por lo mismo, otras madres, padres, hermanos, esposas que buscaban la verdad. Descubrimos que había patrones, cosas que se parecían demasiado entre las desapariciones y las muertes de las personas que amábamos. Así descubrí que no solamente moría cuando recordaba lo que había pasado con mi hijo, sino cada día que pasé buscándolo, pensando que podría hallarlo con vida. A todos nos pasó lo mismo. Todos tenemos un hueco negro, hondo y oloroso a tierra removida y a cal, en el fondo de nuestros corazones.

Era muy extraño verlos así, años después, aceptando lo que antes negaban: que esas muertes eran el producto de su cobardía, que fueron injustificadas, que lo orquestaron en un plan criminal que los convirtió en asesinos. Se me hace muy difícil escucharlos pedirnos perdón, ¿será sincero? ¿lo sienten de verdad? ¿estarán arrepentidos? Mi único alivio es que pronto encontraré a Carlos.

Cada vez que muero, lloro. Lo hago sin vergüenza porque son lágrimas para mi hijo. Antes lloraba de tristeza y rabia porque había prometido cuidarlo y fallé. Lloraba también porque mentían cada vez que me explicaban las razones por las que se había ido de mi lado. Fueron muertes dolorosas las que sentí, como ácido sobre una herida, pero que finalmente curé, o eso creo yo. Busqué no solo su cuerpo, sino también su memoria, y pude hallarla, pude decirle al mundo que mi hijo era un buen hombre y que no merecía lo que le pasó. A veces sueño con él. Cuando eso pasa me levanto de mi cama y voy a su habitación, entonces me acuesto en su cama y duermo creyendo que lo abrazo. Todavía lo busco, y todavía lloro, pero ahora es diferente porque sé que nos encontraremos cuando todo esto pase.





La grieta

Lo peor era el olor: una mezcla de orines, humedad y metal. A la oscuridad y el ruido, a la mala comida y el trato duro estaba acostumbrado, pero el olor le resultaba insoportable. Con todo y todo, agradecía la soledad. En ese mundo, una celda solitaria era un lujo, incluso esa celda tan pequeña, tan asfixiante, tan cerca de la fuente del olor. Se levantó para estirar las piernas, para distraerse del tedio y el frío. Se agachó junto a la ventana y acercó su rostro a la grieta en pared: no había nada todavía. El ex teniente Ramírez se preguntó cuánto tardaría en volver. Su reloj se había quedado sin pila dos días atrás, y en esa época del año llovía tanto, y el cielo se ponía tan oscuro que, incluso sin las filas de bombillos halógenos, blancos y titilantes, que permanecían prendidos las 24 horas del día, habría sido bastante difícil adivinar la hora por la luz del mundo.

Se enderezó y miró hacia afuera por la pequeña ventana, que quedaba tan alta, que el ex teniente Ramírez tenía que empinarse para poder ver el patio F, lleno de basura y rastros, y más allá la reja verde, y arriba, un pedazo de cielo. Tal vez fuera el cansancio, o la relativa calma que sentía cuando lograba que lo pusieran en esa celda solitaria, pero Ramírez pudo olvidarse de su estado, de su cuerpo y su pasado, y recordó vívidamente los días en que soñaba con ser piloto. Recordó las tardes en el prado detrás de su casa, el olor cálido y lejano de los árboles de granadilla y los palos de mango, la voz de su padre que le contaba historias de los primeros aviones. Parecía otra vida, transcurrida en otro mundo, en el que nada de lo que conocía, nada de lo que le pasaba, podría haberlo llevado jamás a ser quien era hoy. Después, cuando ya era adolescente, Ramírez había dejado de soñar con volar y empezó a querer ser igual a su padre: un capitán del Ejército. Relajó su cuerpo y dejó caer las plantas de sus pies hacia el suelo. Se sentía cansado y hambriento, pero cada vez que llegaba la comida, sentía más ganas de dormir que de comer. Unos pasos se acercaron por el pasillo. La puerta verde, metálica y oxidada, se abrió, y los pasos se dirigieron a su celda.

—Ya es hora —dijo el dragoneante, y Ramírez obedeció.

Minutos más tarde, el aire escarchado le golpeó el rostro y le llenó los pulmones. El overol de trabajo olía a sudor y a naftalina, pero le ayudaba a mantenerse caliente. Los guantes marrones, ásperos y húmedos, le recordaban la textura de la lengua de sus gatas, y el rastrillo emitía un sonido que lo serenaba y lo ayudaba a concentrarse. El Patio F lo esperaba lleno de envoltorios de comida y colillas de cigarrillo. Y al fondo, contra la pared que lo separaba del patio G, había una especie de jardín largo y angosto, en el que crecía una pequeña huerta y un cerezo, que se había salvado de ser cortado por su tronco tan delgado, y porque no tenía ninguna rama que sirviera para escalar.

Tenía que barrer todo el patio, recoger toda la basura y las hojas muertas. Le gustaba que le pusieran tareas así, solitarias y tranquilas. Le gustaba limpiar, lavar, reparar cosas. En eso se parecía a su madre. Se detuvo un momento y enderezó su cintura. Pensar en su madre le hacía doler el cuerpo. Trató de recordar su voz, pero no pudo. El eco nebuloso que llegaba a su memoria no se parecía en nada, no le hacía justicia. Tampoco podía recordar la voz de su padre, ni la de su esposa, ni la de sus propios hijos. La que sí podía recordar, la voz de Santiago, le detenía la sangre en su curso, lo dejaba sin aire, como si una fuerte descarga eléctrica pasara de repente por todas sus fibras, haciéndole daño. Nunca antes se había sentido tan débil, tan nervioso. Ni siquiera en sus primeros patrullajes, ni en los entrenamientos. Ni siquiera cuando se incorporó al batallón de infantería. Por el contrario, en ese entonces estaba lleno de valentía y fervor. Creía firmemente en la institución, en sus principios y en la bondad de su corazón, y así mismo trataba de ejercer su cargo. Se preocupaba siempre por comandar bien a su tropa, por ser firme, justo, y asertivo.

En su mente se dibujaron las sombras lejanas del día de su grado como teniente, las sonrisas de sus padres, orgullosos, queriendo abrazarlo, queriendo tomarse fotografías con él. Los recuerdos se revolvían y se mezclaban unos con otros: su primera foto con el uniforme, su primera foto con su novia, la fotografía del matrimonio, las primeras fotos de sus hijos. ¿Cómo podían caber 45 años de vida en un par de recuerdos borrosos? Tuve una buena vida, pensó Ramírez, y la alegría que le traían

esas imágenes se diluyó rápidamente en la basura infinita del patio F, en la oscuridad de la celda que lo aguardaba, en el olor insoportable de la cárcel.

Terminó de llenar la última bolsa negra con residuos de comida y avanzó hacia el jardín. Se agachó frente a la enredadera de los tomates. En el suelo había una mosca muerta, con las patas y las alas enroscadas. Ramírez la levantó con cuidado, la envolvió en una hoja de tomate y la guardó en el bolsillo del overol. Ajustó los palos de soporte, arrancó las hojas secas y revisó las hojas verdes, para asegurarse de que no hubiera babosas. El agua de tabaco es buena para evitar las babosas. Así cuidaba su abuelo las plantaciones de café. Así lo había hecho su padre al principio. Su padre fue el primero de la familia en dejar de hablarle. Había sido un proceso muy largo, de meses, en el que Ramírez pasó de héroe condecorado a malentendido, luego a sospechoso y, luego, a culpable.

Lo primero que vio fueron las imágenes de su batallón en el noticiero de la noche. Su esposa estaba en la cocina. Sus hijos estaban jugando videojuegos. Y él estaba en su cama, con el corazón ausente y el miedo vivo, porque sabía bien que ese era el comienzo de su caída. Algunas personas lo llamaron para preguntarle por el noticiero, y él respondió con evasivas. Sus superiores no decían nada. Unos meses después, volvieron a salir en las noticias, y esta vez, también en el periódico. Las madres de los muchachos estaban hablando. Sus amigos lo llamaron de nuevo y comenzaron a llamar, también, sus familiares. Ramírez contestaba con evasivas cada vez más vehementes. Pero, meses después, en las noticias ya salía su nombre completo, los nombres de sus hombres y los nombres de los muchachos. Los amigos no volvieron a llamar. Los familiares siguieron llamando. Su esposa no decía nada y su madre solo lloraba. Y Ramírez no volvió a dar ninguna explicación. Terminó de deshierbar

la huerta y fue a barrer las hojas muertas del cerezo. Rastrillaba la tierra despacio, cuidándose de recoger todas las hojas, cuando un diente del rastrillo se enredó en una raíz desenterrada del cerezo. El sonido fibroso, arrancado del mundo, atravesó el pecho de Ramírez, que no aguantó más y se sentó a llorar.

El ejercicio lo había dejado agotado, cubierto de un sudor frío y una capa de polvo. Ramírez entró de nuevo a su celda y se quedó quieto un momento, acostumbrándose a la oscuridad y al olor. Miró de nuevo la grieta vacía y sacó la hoja de tomate de su bolsillo. Desempacó la mosca con cuidado y la puso en el suelo, justo frente a la grieta. Se sintió insignificante, frágil, como si su vida entera pudiera irse por esa grieta, como un hilo de humo, sin importarle a nadie, sin alterar nada. Sentía como si su lugar en el mundo hubiera sido borrado, y ahora solo le quedarán años vacíos, que tendrá que ir llenando, día a día, con oscuridad y arrepentimiento. 38 años de condena le quedaban por delante, y Ramírez no sabía ni siquiera cómo imaginarlo. Era como si su tiempo en este mundo se hubiera dividido en dos vidas: una vida pasada, en la que había sido un hombre de familia, un padre amoroso y un profesional ejemplar, y una vida presente y futura, en la que era un asesino condenado. Y en el medio, en los escasos meses que permitieron el paso de una vida a la otra, Ramírez solo encontraba un hoyo negro y pantanoso, una ciénaga de miedo y confusión, de la que no entendía nada y en la que no sabía cómo pensar. Y, a veces, creía que no valía la pena intentarlo. El miedo vence porque es incomprensible, porque nos lleva a los límites de la razón y de la acción, y porque, cuando se disipa, deja al descubierto todas las heridas, todo lo que hicimos y no podemos remediar; todo lo que había y que ahora está destruido, cubierto de lágrimas y ceniza.

El frío del suelo le lastimaba los huesos y Ramírez se sentía incómodo si se quedaba quieto mucho tiempo. Tomó su cepillo de dientes con el mango hacia fuera y regresó frente a la ventana, a la pared de piedra oscura. Una leve sombra de trazos duros formaba el nombre de su esposa, Sofía, y Ramírez siguió repasando los trazos con tristeza. No podía recordar su voz, como tampoco podría olvidar la última vez que la vio. Estaba pálida, vestida de azul oscuro, sentada al fondo de la sala de audiencias, justo detrás de los oficiales del IMPEC. En cuanto anunciaron el fallo, él volteó a verla. Ella fue la única que asistió al juicio. Ni sus padres, ni sus hijos, ni sus amigos, ni nadie más que Sofía, que lloraba desconsolada. Y cuando Ramírez la vio, cuando ella le sostuvo la mirada desde el otro lado de su vida, él supo que la había perdido. Que ella no esperaría 38 años a que él volviera. Y era mejor así. Tenía que dejarla ir. Tenía que desearle lo mejor, que pudiera rehacer su vida con alguien más, con alguien que la quisiera y que estuviera lejos de la muerte y de la guerra. Porque son la misma cosa, la muerte y la guerra. Perder la guerra es morir de la peor manera. Y de eso estaba hecha la ciénaga que separaba al Ramírez de antes del de ahora: de miedo a perder la guerra. Del miedo y la cobardía de una Fuerza que, viéndose perdida, decidió fingir la victoria en vez de aceptar la derrota, sacrificando a lo mismo que había jurado proteger. La cobardía incrustada en el pecho de miles de muchachos como Santiago, en miles de familias destrozadas por la pérdida y la mentira y la desconfianza.

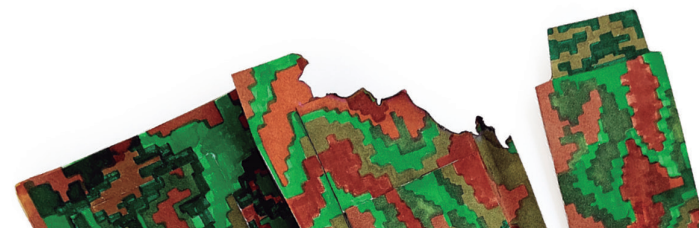
Por la grieta de la pared se asomaron ocho patas diminutas, tímidas, que avanzaban con cuidado para examinar la mosca muerta. Ramírez se sintió aliviado. Se inclinó lentamente para poder ver a la araña de cerca sin asustarla. La había observado durante días, y siempre temía no volver a verla. En el rincón de la grieta, la araña había tejido su intrincada telaraña, pero jamás lograba atrapar más que un par de mosquitos. En esta celda no vive nada, pensó Ramírez, y puso la mano en el suelo, cerca de ella. Tenía la ilusión de que la araña se acostumbrara a él y se subiera a su mano por voluntad propia. Tal vez podría llevarla al jardín, para que tejiera sus telarañas entre las enredaderas de tomate. O tal vez preferiría las raíces del cerezo. La araña movió la mosca muerta con las patas unos segundos más y la dejó a un lado, para seguir tejiendo su telaraña.

Ramírez la miraba y sentía como si eso mismo hubiera pasado con su vida. Como si alguien le hubiera enredado los hilos y le hubiera tejido una red, una trampa de miedo y orgullo, y luego lo hubieran dejado caer en el fondo de la oscuridad. Y en ese fondo, detrás del silencio, lo esperaban los ojos negros de Santiago. Eran sus ojos los que le pesaban. Eran sus ojos los que le causaban insomnio y pesadillas, sudores y lágrimas, y los que lo seguirían atormentando quién sabe cuánto tiempo más. No era la mirada de miedo, porque el miedo es una mirada viva: quien siente temor aún está en este mundo, porque tiene una vida que perder. Pero no son los ojos de Santiago vivo los que recuerda, sino los ojos de Santiago después de que el soldado le pegó un tiro en el pecho. El muchacho quedó tendido sobre las raíces de un árbol, con la espalda arqueada y la cabeza caída, en una postura que solo pueden tener los cuerpos que ya no pueden moverse. Ramírez había dado la orden y luego había ordenado la retirada. Pero ese cuerpo hizo un ruido, un balbuceo, un movimiento tembloroso que detuvo a la patrulla. El soldado que había

disparado se devolvió inmediatamente, como un autómata, para terminar su trabajo. Ya había quitado el seguro del fusil y estaba dispuesto a montarlo para disparar, pero Ramírez lo detuvo.

—No es necesario otro disparo, es cuestión de tiempo, —había dicho Ramírez.

Pero algo lo hizo acercarse al cuerpo de Santiago. Se agachó a su lado, giró un poco la cabeza para quedar alineado con la cabeza del muchacho, y en ese momento el joven abrió los ojos el instante preciso para que sus miradas se cruzaran. Era la mirada del más allá, la mirada de un muerto, la mirada de muchas preguntas que se iban sin respuesta: ¿por qué a mí?, ¿yo qué les hice?, y que desde ese instante retumbaron en la cabeza de toda la patrulla. Las pupilas se dilatan cuando el corazón ya no bombea sangre, y los ojos de Santiago eran dos cielos negros, capaces de atravesar el tiempo y la carne y los objetos, capaces de grabarse en el interior del teniente Ramírez, que no pudo moverse hasta que los párpados de Santiago se cerraron de nuevo. Y Ramírez no había sabido entender entonces por qué sentía ese frío en el cuerpo, por qué ya no podía recordar los momentos felices de su vida, ni podía sentir al amor que le tenía a su familia. Ahora lo sabía bien. Su vida no había terminado con el noticiero, ni con el rechazo, ni con la sentencia, sino antes: con el último aliento de Santiago, los dos habían muerto.





Epílogo

La venganza del amor

Antes, a Lucía le gustaba que lloviera por las noches. Le gustaba el tamborileo en las tejas, que la arrullaba hasta sumirla en un sueño tranquilo. Le gustaba el aire recién lavado de la madrugada, que llegaba limpio y nuevo a sus pulmones. Ahora, después de la muerte de Daniel, ya nada la arrullaba, y su sueño nunca era tranquilo. Miró el reloj: eran las cuatro de la mañana. Lucía se levantó con cuidado de no despertar a Rubén, que roncaba suavemente, como un gato viejo. Encendió la luz del baño y el destello la hizo apretar los párpados. Se fue acostumbrando lentamente a la luz, hasta que pudo verse en el espejo. Se sorprendió de cuánto había envejecido en tan poco tiempo. Su piel se veía triste, sus ojeras no le daban tregua y el cabello se le había vuelto opaco y delgado, y se le caía mucho más que antes. El dolor acaba con uno, pensó ella, y abrió la llave para lavarse la cara. El agua fría la terminó de despertar.

Antes le gustaba lavarse la cara con agua fría. No era que ya no le gustara, simplemente no le producía nada. A Daniel nunca le gustó el agua fría, pensó Lucía, y sintió que el corazón se le descolgaba de un hilo hasta los pies y subía de nuevo, como un yoyo. Se consoló pensando que las cosas como el disgusto y el agua fría son problemas de los vivos, y Daniel ya no tendría que preocuparse por eso. Y de pronto vino a su cabeza la cara del teniente, sus ojos esquivos, su cabeza gacha. A él sí le quedaba mucha vida todavía, llena de disgustos y agua fría. Lucía sintió cómo la rabia la invadía, y cuando llegaba la rabia, la imaginación se le disparaba, mostrándole imágenes del teniente tranquilo, en su casa, el teniente descansando, el teniente rodeado de su familia, viendo crecer a sus hijos. ¿Cómo era posible? ¿Cómo era eso justo? El teniente podía vivir todavía, mientras Daniel ya no era más que ceniza. El teniente tenía que pagar. Tenía que podrirse en la cárcel, así como ella misma se estaba

podriendo por dentro. Tuvo que parar. Tuvo que apretar los ojos de nuevo, porque el destello de su rabia la cegaba. Abrió la llave y metió la cabeza bajo el agua helada, y lloró en silencio, hasta que el sentimiento de vacío, que se parecía a la calma, volvió a invadirla. En el fondo, Lucía sabía que no ganaba nada con su rabia. Sabía que la venganza no la aliviaría, que nada le devolvería a su hijo, pero no sabía cómo dejar de sentirse así.

Rubén se había despertado momentos antes, y la esperaba sentado en la cama. Cuando Lucía salió del baño, Rubén la abrazó sin decirle nada, y poco a poco volvieron a acostarse. Se refugiaron bajo las cobijas, se quedaron escuchando la lluvia. Lucía se durmió poco tiempo después, y Rubén se quedó rumiando un viejo recuerdo. Cuando era niño, en su barrio vivía un muchacho al que todos llamaban Pepo. Todas las madres le tenían miedo a Pepo, porque entraba y salía de la cárcel como si fuera un campamento de verano, y no parecía importarle en lo más mínimo. Simplemente un día desaparecía y luego reaparecía sin más. Rubén lo había escuchado varias veces decir que estaba “en la universidad” cuando pasaba alguna temporada en prisión. Y un día ya no volvió más.

La madre de Pepo cerró su negocio y vendió la casa sin decirle nada a nadie, y Rubén nunca volvió a saber de ella. Desde entonces, siempre había pensado que la cárcel solo servía para hacer más daño a las personas. Que si había un lugar en dónde aprender a hacer daño, era la cárcel. Y aunque a veces compartía la rabia de su esposa, y su deseo de ver al teniente pudriéndose tras las rejas, otras veces no podía evitar

preguntarse si esa era la mejor opción. Si castigar al teniente les traería algún alivio. Porque a Rubén le parecía que el teniente tenía que hacer algo para reparar el daño, y estar en la cárcel no es hacer algo. Estando en la cárcel no se puede hacer nada. ¿No sería mejor que se pasara la vida trabajando para reparar el daño y para evitar que algo semejante volviera a ocurrir? Suspiró. Al menos le temblaron las manos, pensó Rubén. Le temblaron las manos y se le cayeron las hojas al suelo en la audiencia. Se lo veía arrepentido. Y esa idea lo alivió un poco: que el arrepentimiento del teniente fuera genuino.

Nelson siempre se había levantado antes que el sol, porque desde siempre había tenido que trabajar. Usualmente, a las cuatro de la mañana ya estaba terminando de desayunar y estaba listo para salir, pero ese día se había tomado más tiempo. Tenía que llegar a las ocho de la mañana, y aún no estaba muy seguro de cómo pedir lo que iba a pedir, pero sabía que para él era necesario. Nelson sabía que resultaba extraño siquiera pensarlo, pero más extraño le resultaba oír al militar hablando de su hijo. No solamente porque oír al asesino hablando de la víctima es terriblemente difícil, sino porque Nelson sabía que el hombre hablaba de su hijo sin conocerlo. Que no tenía idea de a quién había matado, del vacío inmenso que había dejado en el mundo. Nelson se paró frente al espejo, se aclaró la garganta, y empezó a practicar sus palabras. Yo quiero pedir que, como

parte de la reparación, este hombre vaya a mi casa. Quiero que me acompañe, que vea dónde vivo, dónde vivía mi hijo. Quiero que se siente a mi mesa y coma nuestra comida, que se siente en mi sala a ver todas las fotos de mi hijo. Que vea las fotos de su primera comunión y sepa lo feliz que estaba ese día. Que sepa que le gustaba el fútbol y era buen defensa. Que vea su ropa y vea cómo la cuidaba, porque Carlos era bello y vanidoso. Que hable con sus amigos y que ellos le cuenten la vez que Carlos los ayudó, las veces que los hizo reír, la terrible falta que les hace. Que hable con su novia para que ella le diga cómo le quedó el corazón como un hueco, como un vacío en el cuerpo. Que pase la noche en mi casa y duerma en la cama de mi hijo, para que luego sí entienda qué fue lo que hizo. Para que sepa a quién fue que mató. Para que vea la magnitud de su daño.

A Nelson le temblaron las piernas, pero se mantuvo firme. Estaba listo. Sabía lo que tenía que hacer y lo que iba a decir. Se sirvió el café del desayuno y fue al cuarto de Carlos, para sentirlo cerca. Con una sonrisa abrió la puerta del clóset. Hijo, préstame tu camisa azul, que hoy es un día muy importante, dijo Nelson, y se vistió lentamente.

A las cuatro de la mañana suena la alarma que los despierta a todos. Tienen media hora para arreglarse y salir de la celda. El desayuno es breve y casi siempre está frío. Luego los sacan a un patio el resto de la mañana, hasta la hora del almuerzo, que también es breve y frío. Luego vuelven al patio hasta las cuatro

de la tarde, cuando regresan a las celdas. Así son todos los días. No hay domingos, no hay feriados, no hay nada más que esa rutina.

El ex teniente Ramírez se llena de temor y desesperación cada vez que piensa en eso: que su vida será esa misma rutina vacía y tormentosa. Porque en el patio no hay nada que hacer, más que caminar en círculos y llenarse de rencor y de rabia. En su bolsillo guarda una rama pequeña, que encontró días atrás. La guardó porque, de lejos, le pareció que tenía la misma forma de la pipa que solía usar su abuelo, que había sido carpintero y ebanista. Cuando era niño, Ramírez había aprendido a cortar y a tallar madera, y siempre le había gustado mucho. Y ahora, en los eternos días de dar vueltas en el patio, había empezado a soñar con su abuelo y con la madera. Sentía ganas de crear algo bello y mostrárselo al mundo. Sentía la necesidad de probarse que él no era un monstruo, sino alguien capaz de construir, de enmendar. Apretó la rama con la mano izquierda, tratando de darse valor. Necesitaba sentir que merecía una segunda oportunidad, y necesitaba que los demás también lo sintieran.





LLAMA ☎123 Si estás en peligro

SI TE SIENTES VULNERABLE
O EN RIESGO POR ALGUNA SITUACIÓN
(en el marco del conflicto armado)
allí se activarán más de 11 agencias
que te ayudarán y orientarán.

1 Fiscalía

Se encarga de **ACTIVAR LA RUTA DE PROTECCIÓN INICIAL** a víctimas y/o testigos.

2 Policía Nacional

ACTIVA los protocolos de protección a la víctima y/o testigos, recoge toda la información recibida por estos y la envía al **SISC (SISTEMA DE INFORMACIÓN PARA LA SEGURIDAD CIUDADANA)**

3 Ministerio Público

El Ministerio público hace un acompañamiento integral humanitario desde la atención psicosocial al ciudadano, a través de 3 entidades estatales que tienen toda la capacidad territorial: ¡No olvides que ellos están aquí para ayudarte!

Ministerio Público → **Personería de Medellín**
→ **Procuraduría**
→ **Defensoría del pueblo**

4 ICBF

Se encarga del **RESTABLECIMIENTO DE DERECHOS** y acompañamiento psicosocial. **LA SECRETARÍA DE INCLUSIÓN SOCIAL, FAMILIA Y DERECHOS HUMANOS** a través de la **UNIDAD DE NIÑEZ Y LA SUB SECRETARÍA DE DERECHOS HUMANOS**: Atienden a niños, niñas y adolescentes de las 16 comunas y 5 corregimientos de Medellín.

